

LA NOVELA FILM

N.º 71

30 cts.



EL HOMBRE DE LA MONTAÑA



BLACKTON, John Street

LA NOVELA FILM

Redacción } Lauria, n.º 96
Administración } BARCELONA

AÑO II

N.º 71

PR.: VITA GRAPH

El hombre de la montaña

(BEHOLD THE WOMAN, 1924)

INTERESANTÍSIMA PRODUCCIÓN,
INTERPRETADA POR

I R E N E R I C H

Y

CHARLES A. POST

ALICE CALHOUN
EXCLUSIVA DE

Compañía HISPANO-PORTUGUESA, S. A.

Representante para Cataluña,
Aragón y Baleares

JOSÉ CAVALLÉ

Aragón, 225 - Pral. 1.º

BARCELONA

GUIO DE MARION CONSTANCE
SEGONS "THE MILLMAN" DE PHILLIP OPPENHEIM

EL HOMBRE DE LA MONTAÑA

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

Luisa Maurel, famosa estrella de la pantalla, viajaba con su doncella china a través de las montañas de California.

De súbito una *panne* producida en el automóvil con el que trepaban hacia los solitarios pináculos, obligó a las viajeras a apearse del coche mientras el *chauffeur* se entregaba a la reparación de la avería.

El fatalismo oriental, de donde emana el resignado "estaba escrito", designa estos accidentes con la palabra "kismet", es decir, hado.

Repentinamente, asustando a los tres intrusos de las montañas, apareció ante ellos un hombre que cabalgaba enérgicamente un brioso caballo.

El aparecido era un ser que no conocía ni concebía otra vida que la de la montaña. Nacido en ella, jamás sintió la tentación de asomarse al mundo.

La presencia de las dos mujeres produjo al desconocido mucha sorpresa, y la afabilidad con que, después del susto, le miraba Luisa, le hizo sonreír, y dijo:

—Este terreno es peligroso para esos vehículos... ¿Y ha sido muy grande la avería?

—Parece que sí. Según mi *chauffeur*, se tardará algunas horas en repararla. ¿No sabe usted de algún hotel por estos lugares?

El hombre de la montaña miró con interés a Luisa, y su conciencia, en pugna con otro sentimiento, le impulsó a decirle lo siguiente:

—Señorita... Pongo a su disposición mi casa, que está muy cerca. Me llamo Juan Strangeway. Para mi hermano Esteban será tan grato como para mí dar a usted hospedaje por esta noche.

El hermano a que había hecho alusión Juan era un soltero contumaz e impenitente, y un enemigo irreconciliable de las mujeres, aunque no odiaba a la mujer.

Con los dos hermanos vivía en la suntuosa morada que recibía el beso de todos los vientos en la cima de la montaña, el criado Jennings, que había encanecido al servicio de los Strangeway.

Luisa había aceptado la amable oferta de Juan, y a poco llegó con éste y su criada a su casa, asombrando con su presencia a Esteban y al criado que se disputaban, en aquel momento, una partida de billar.

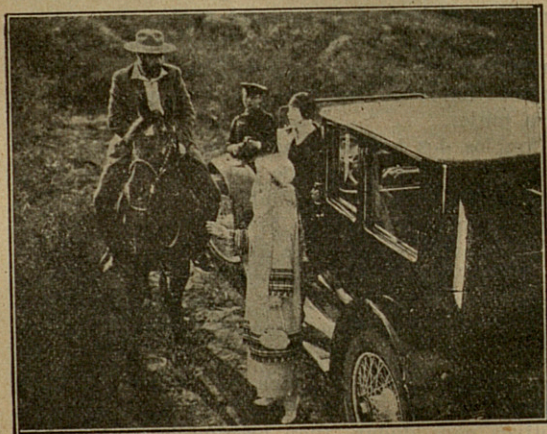
Antes de presentar Luisa a Esteban, de cuya conformidad en darle hospitalidad tenía sobrados motivos para dudar, Juan preguntó a ella cómo se llamaba, limitándose la interesada a responder que su nombre era Luisa. No insistió Juan en saber el apellido, y, así, la estrella cinematográfica pudo guardar el incógnito.

La presentación se efectuó en el acto, de muy mala gana por parte de Esteban, que, tal vez, se portó demasiado duro en sus gestos y palabras de desagrado.

—Esteban, el coche de esta joven se ha destrozado en esas montañas... y pasará la noche con su doncella bajo nuestro techo.

—No acostumbramos acoger mujeres aquí, señora. Este es un caso extraordinario—no pudo menos de decirle Esteban a Luisa. Y, para abreviar la conversación, ordenó a su criado: —Jennings, enseña a esta señorita la habitación de los huéspedes.

Luisa advirtió en seguida la dureza de carácter de Esteban, pero como hallaba sobrada compensación en la amabilidad de Juan, se mostraba satis-



—...¿No sabe usted de algún hotel por estos lugares?

fecha.

A la hora de la cena, Juan procuraba ponerse a tono con el carácter alegre de Luisa; no así Esteban, a quien parecían molestar las galanterías de su hermano.

Al terminar la comida, Luisa ofreció un cigarrillo a los hermanos, aceptando Juan y rechazando

el honor Esteban, que atiborró una voluminosa pipa.

Luisa no dió importancia al detalle, y encendió un cigarrillo, haciendo luego este comentario, al que Juan dió su conformidad:

—¿Verdad que un cigarrillo después de la comida resulta delicioso? Yo no sabría pasar sin él.

Esteban, a quien la presencia de Luisa molestaba cada vez más, no estaba dispuesto a que su huésped se quedase con él y su hermano de plática después de la cena, y, sin que Juan pudiera evitarlo, la mandó a su cuarto.

—Seguramente se aburrirá usted con nosotros. Hace muchos años que no ha entrado una mujer en esta casa—le dijo al sentarse los tres junto al hogar.

—¿Serán ustedes, los dos, enemigos de las mujeres? ¡Oh, no es posible!—replicó Luisa incrédula.

—¡Lo somos!—afirmó Esteban—. Las mujeres siempre trajeron desgracia a los hombres de nuestra familia.

—¿Y para librarse de nuestro revoltoso sexo, se condenaron ustedes a vivir aquí, como dos ermitaños?

—Pierdo la cuenta de los años que hace que no nos alejamos más de veinte millas de nuestra finca—dijo a su vez Juan.

Luisa tuvo gana de reírse de aquellos dos hombres-muchachos que no conocían al mundo, pero Esteban se encargó de interrumpirla en sus reflexiones internas.

—Usted necesitará descansar, señora. Jennings le alumbrará hasta su cuarto—le dijo al tiempo que el criado, que recibiera un poco antes la orden, se presentaba con una luz en la mano.

Luisa, a pesar suyo, obedeció, pero antes de alejarse hacia su habitación, murmuró a Esteban:

—No esté usted tan pensativo... Dentro de pocas horas quedará usted libre de mi maleficio de mujer.

En cambio, a Juan le estuvo mirando hasta que desapareció a la vuelta de la escalera que conducía al piso superior, y él la seguía viendo después de haberse borrado de sus ojos.

Esteban, intranquilo respecto a la impresión que podía haberle causado a Juan la viajera, le arrancó de su ensimismamiento, y efreciéndole una copa a medio llenar de vino, le dijo:

—Vamos, Juan... Hagamos nuestro brindis de todas las noches.

Juan no se negó a ello, y Esteban pronunció el brindis de siempre:

—¡A nuestra salud... y por que Dios confunda a todas las mujeres!

La nueva mañana halló a Luisa preparada para abandonar la casa de los Strangeway.

Juan no se separaba de ella desde que salió de su habitación, y juntos contemplaron el panorama que se ofrecía a su vista desde la alta morada.

—A cualquiera le agradarían estos bellos lugares... por una temporada—opinó Luisa—. Para siempre, son monótonos. ¿No ha pensado usted nunca en una vida más variada, de más emociones?

—Nunca. Vivo absolutamente contento aquí—respondió Juan.

—¡Contento! Yo diría desdichado... ¡Pobres hombres los que nada ambicionan, los que no han sentido un deseo en su corazón!

Las palabras de Luisa sonaban en el corazón de Juan como música reveladora de desconocidas sensaciones. ¿Qué le pasaba a su alma que oyendo a Luisa le parecía disfrutar de la mayor felicidad posible?

Esteban se impacientaba, y Luisa lo echó de ver,

decidiéndose a alejarse pronto de la casa de los dos hermanos; mas antes rogó a Juan que le permitiera llamar por teléfono a uno de sus amigos, que no vivía lejos de allí, y a quien iba a visitar cuando su *auto* sufrió la avería.

Luisa obtuvo inmediata comunicación con el número del teléfono de dicho amigo, poniéndose al aparato un criado.

—Aquí, la señorita Luisa Maurel. Deseo hablar con el príncipe Eugenio de Seyre.

Los dos hermanos escuchaban, pues se hallaban a pocos pasos de Luisa, y Esteban cambió interrogadoras miradas con Juan.

El príncipe Eugenio de Seyre era un rico ocioso para quien el mundo, de no existir diversiones y vicios, sería un lugar de tedio, generador de impulsos suicidas.

—¿Eres tú, Luisa?—preguntó, al ponerse al aparato—. ...Sí, Eugenio soy. Debí figurarme que no ibas a venir; pero...

—Pues te hubieras figurado mal, porque iba; pero mi *auto* sufrió una avería en el camino, y me han dado amable albergue en una casa de la montaña.

—Sí que lo lamento.

—Ahora es cuando no iré, porque he cambiado de pensamiento. Veleidad, inconstancia, dirás tú. Es el privilegio de la mujer, ya lo sabes.

—Un privilegio muy práctico para vosotras, muy desagradable para mí.

Y ya no se oyó más.

Luego, Luisa se despidió de nuevo de Juan:

—¡Dios, gigante de la montaña! Mi gratitud por su generosa hospitalidad... Y a ver qué día se decide usted a descender de sus heladas alturas.

—¡Adiós, señorita Luisa!

Rodó el automóvil por los serpenteantes caminos,

y Juan acompañó a Luisa con la mirada... hasta que su hermano, volviéndole a la realidad, se complació en criticarla:

—Ya lo has oído: Luisa Maurel, la artista de cine... y amiga de ese relajado de Seyre, a quien tutea. ¡Si cuando yo la vi fumar!...

Juan, apenado, sintió que su corazón no era el mismo de antes, y cuando su hermano, por la noche, le ofreció una copa para brindar, rehusó hacerlo... por Luisa.

El recuerdo de la desconocida, sus palabras, mezcla de mofa y de reto, dejaron en Juan honda huella...

Y desde el día de su partida, le atraía el tren que tantas veces vió, indiferente, pasar ante sus ojos cual inmensa y vertiginosa serpiente que se enroscaba a las montañas...

Hasta que, un día, en presencia de Esteban, que no logró detenerle, no pudo Juan sofrenar el ansia loca de ir a la ciudad... ¡en busca de ella!

Gracias a su caballo, Juan alcanzó el tren, y con el pensamiento puesto en Luisa olvidó su solitario retiro y a su propio hermano.

* * *

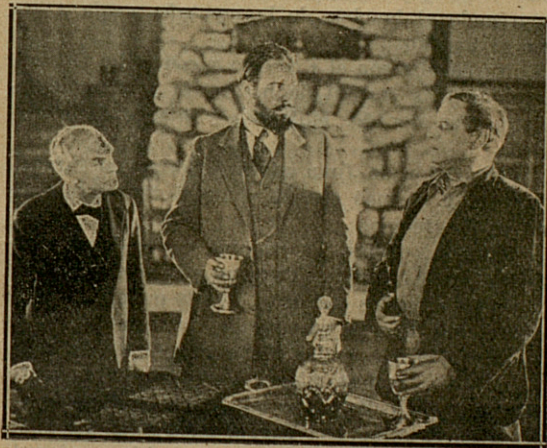
Juan llegó a Hollywood, y presentóse en el estudio cinematográfico en que trabajaba la afamada "estrella" Luisa Maurel, coincidiendo su aparición con la filmación de una escena de una película interpretada por ella.

Aprovechando un momento de pausa concedida por el director para dar tiempo a un artista para quitarse una mancha que le oscurecía la nariz, el príncipe de Seyre, que era su más pertinaz adorador, se reunió con Luisa y conversó con ella.

Juan también aprovechó la ocasión para introducirse en el estudio, y detúvose para mirar a Luisa, que no había reparado aún en él.

Unos segundos después, los ojos de Luisa se encontraron con los de Juan, que seguía mirándola como en éxtasis, y ella se olvidó de todo para correr hacia el gigante-niño.

El Príncipe vió con desagrado la amistad que



...y cuando su hermano, por la noche, le ofreció una copa para brindar, rehusó hacerlo... por Luisa.

existía entre Luisa y el hombre de la montaña, pero disimuló, no dejando de mirar a Juan, que iba vestido como en las alturas y parecía más un robusto leñador que otra cosa.

—¿Vendrá usted a cenar conmigo esta noche?— preguntóle Juan a Luisa sin preparación alguna.

—Con placer lo haría, si no hubiese aceptado ya.

la invitación del príncipe de Seyre, a quien tengo el gusto de presentarle, pero luego puede usted buscarnos en el Club Petroushka.

—Conforme, señorita Luisa.

El trabajo de la artista volvió a empezar, y Juan y el Príncipe la admiraron cada cual por su lado.

Por la noche, Juan acudió al Club Petroushka vestido como cuando llegó al estudio, y ni que decir tiene que entre el elemento distinguido allí congregado el hombre de la montaña venía a ser una curiosidad.

Luisa cenaba con el Príncipe y con Sofía Gerárd, la amiga más cordial de la artista y el temperamento más alcaído, bullicioso y alegre de Hollywood.

La aparición de Juan causó a Sofía una infantil sorpresa, y bromeó con él, como si fueran buenos amigos de tiempo.

—Siéntese, Goliat. Ya conozco a usted por referencias... de la Biblia. ¡Pues no es usted poco alto y... atlético! ¡Dios me libre de sus puños!

Juan, sin fijarse en que las miradas de todos convergían en él, rendía silencioso culto a la belleza de Luisa, molestando al Príncipe íntimamente.

Durante un baile en el que Luisa y el noble tomaron parte como una pareja más, Juan no apartaba su vista de la mujer que se había apoderado de su corazón sin afectos, ante lo cual, Sofía, que no sabía callarse ni cuando era necesario, le dijo maliciosamente:

—Dando a sus deseos esa dirección, pierde usted el tiempo, Juan Strangeway. El príncipe de Seyre lleva mucha ventaja sobre usted.

—¿Van a casarse?

—¿Casarse? ¡Qué gracia tiene usted! Se ve que no conoce a Eugenio. El quiere amoríos pasajeros; nada que le sujete y le obligue a sentar la cabeza.

Pero yo soy una admirable consoladora de aflicciones, Juan... y precisamente siento adoración por los hombres grandes, fuertes...

—Gracias, gracias...

De regreso de bailar, Juan, olvidando la advertencia de Sofía, envolvió a Luisa en las más exquisitas atenciones, con agradecimiento por parte de ella, pero con oculta burla por la del Príncipe e indiferencia por la de la chiquilla traviesa.

Para diversión de los clientes durante las comidas, en el Club actuaban algunas artistas de variedades, y una de ellas, canzonetista y bailarina rusa, se dirigió con una copa en una mano a Juan, para cantar delante de él como ofreciéndole dicha copa. El hombre de la montaña, que no entendía el ruso, antes que hacerle un desaire a la artista, apuró el contenido del vaso entre el general regocijo, cuando sólo había de limitarse a escuchar la canción.

—¡Pobre Juan! No quiero pensar lo difícil que va a serle acostumbrarse a la vida de la ciudad, tan distinta de la paz de sus montañas—dijo Luisa.

—¿He cometido una torpeza? ¡Bah! Poco a poco me iré transformando.

—Si alguna vez tiene usted deseo de ver cosas... extraordinarias, hágase acompañar por Eugenio, que conoce multitud de antros misteriosos—intervino Sofía.

El Príncipe se mostró amable con Juan por no disgustar a Luisa, pero lo cierto era que no le encantaba ser "amigo" de un gigante...

Hombre de recursos, el noble ideó un plan, y, con la mayor amabilidad, dijo al hombre de la montaña:

—A propósito, Strangeway. Queda usted invitado a una reunión que doy la semana próxima. Le llevaré a mi sastre, que le vestirá pronto y bien.

Juan se entregó en manos del Príncipe, y éste le

acompañó a su sastre, que pasó un mal rato tomándole la medida al hombrón, temiendo que por cualquier causa se le desmandase al cliente una mano y tuviese él la desgracia de recibirla en la nuca. No tendría ni tiempo para hacer testamento.

—¡Qué corpulencia, Príncipe! ¡Cada número que oigo me suena como si estuviésemos midiendo a un elefante!—dijo el patrón al distinguido cliente, sin



...y una de ellas, canzonetista y bailarina rusa, se dirigió con una copa en una mano a Juan, para cantar delante de él...

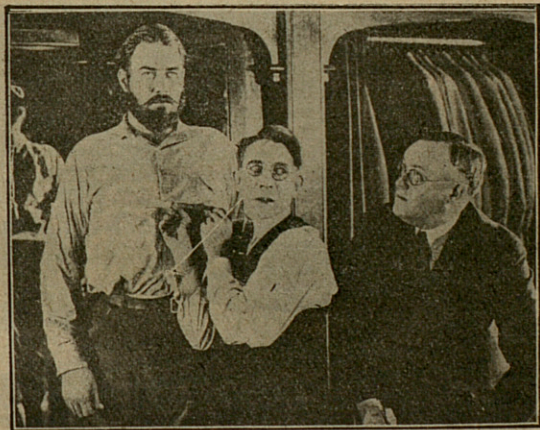
hacerle a éste ni pizca de gracia el chiste.

Después de su visita al sastre, y siempre bajo indicación del Príncipe, Juan entró en una peluquería, afeitóse completamente el rostro, sacrificando su poblada barba, y a un mismo tiempo le hicieron la manicura, y le limpiaron las botas,

También, como el sastre su corpulencia, la manicura comparaba mentalmente las manos de Juan, grandes, temibles, con las de la mayoría de sus clientes, blancas, delicadas, un poco femeninas.

Entretanto, en casa de Luisa, Sofía, que allí estaba, le habló de esta manera, con seriedad inacostumbrada en ella:

—No quería preguntarte, Luisa, por no parecer



...le acompañó a su sastre, que pasó un mal rato tomándole la medida al hombrón...

indiscreta; pero... de amiga a amiga: ¿estás enamorada de Juan?

Luisa hizo un mohín y respondió:

—Yo me hago la misma pregunta... y quisiera saber responderme.

—Lo digo porque, si lo estás, debes advertirle que tenga cuidado. Ya conoces a Eugenio.

—No te me pongas dramática, querida Sofía. Hoy no se matan los hombres por la dama de sus pensamientos. Los duelos por amor quedaron para las películas.

—Acaso lleves razón; pero no has de olvidar que Eugenio es más de temer cuando más afectuoso se muestra.

En aquel instante la doncella de Luisa introdu-



—No quería preguntarte, Luisa, por no parecer indiscreta; pero... de amiga a amiga: ¿estás enamorada de Juan?

cía en la antesala a Juan, viendo al cual, completamente nuevo, dijo Sofía:

—Ahí tienes al honorable y grande señor Strangeway. Os dejo solos. Por humanidad siquiera, Lui-

sa, arroja el témpano de hielo que a veces tienes por corazón, y sé más amable para con él.

No necesitaba de ese consejo Luisa para corresponder a Juan, pues íntimamente le amaba.

La transformación operada en el hombre de la montaña demostró más a Luisa el deseo del gigante-niño de asimilarse a la sociedad que la rodeaba para conseguir su amor, y su alegría no tenía límite. Sin embargo, no dejó que su dicha trascendiese ni al propio interesado.

—Sólo por usted, Luisa, vine a la ciudad... ¡Vine a casarme con usted! Para agradarla, el arribeño se convirtió en el maniquí que usted ve, sacrificó el porte varonil de los hombres de tierra alta.

Luisa se habría abandonado en los brazos de Juan de haber éste insistido en estrecharla contra su pecho, pero en tan crítico momento llegó el Príncipe, deteniéndose en la antesala.

—¡Qué impertinente! ¡Despídalo usted!—dijo Juan a Luisa.

—No puedo, Juan. En este mundo mío no es posible la ruda franqueza de la montaña.

Juan consideró prudente retirarse, y al cruzarse con el Príncipe, éste le recordó la reunión en su casa, a la cual le había invitado.

La noche de la recepción del príncipe de Seyre, la famosa danzarina "Gardenia" llegó antes que los invitados, entrevistándose misteriosamente con el dueño de la casa, que la puso al corriente de sus planes acerca de Juan.

—Está bien. Todo lo que hemos hablado se condensa en que yo debo seducir al joven montañés para alejarle de la señorita Maurel... y dejar a usted el campo libre, ¿no es eso?

—Estamos de acuerdo. Tenga presente que no regatearé la recompensa por la "captura" de ese arribeño. Si triunfa usted, "Gardenia", puede adquirir

por mi cuenta el collar de esmeraldas de que me ha hablado.

Y "Gardenia" sonrió...



La fiesta en la suntuosa morada de Eugenio de Seyre, derroche de riqueza, de arte, de buen gusto, tuvo en realidad magnificencia principesca.

Bailó "Gardenia" con la habilidad que la caracterizaba, y no apartó su mirada un momento de Juan, lo cual observó con asombro Sofía, contándolo luego a Luisa, que se enojó.

"Gardenia", con la complicidad del Príncipe, consiguió que Juan la saludase, y, a solas en el jardín, la danzarina trató de conquistar al incauto.

—Yo no bailé para el Príncipe ni para sus invitados. Bailé para usted, que me inspiró. Es la suya un alma que comprende.

Juan, turbado, contentábase con declinar los halagos.

—Me dicen que usted vive en las montañas. Yo también adoro mi pequeño hotelito, sobre una colina, donde es más puro el aire y la luz parece más del cielo—prosiguió "Gardenia"—. Allí irán el domingo Eugenio y Luisa... y algunos amigos más. ¡Usted debe ir también!

—¿Yo?

—Sí. Pero no diga una palabra a Luisa. Así podrá usted darle la sorpresa de su presencia.

Sofía, que con Luisa estaba contemplando a Juan y a la danzarina, exclamó indignada:

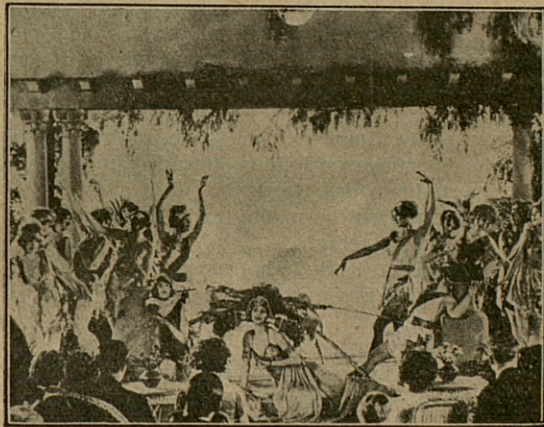
—¡Ya ves! ¡Ella se ha ganado su atención en un minuto!

Y uniendo el gesto al deseo, fué a separar a Juan de "Gardenia" muy discretamente, para no permitir que se separase más de Luisa... ni de ella.

El Príncipe pidió la opinión de la danzarina con respecto a Juan, y ésta dijo:

—Empezó a picar el cebo. Por lo pronto, pasará fuera el domingo.

En efecto, espoleado por el ansia de ver a Luisa, Juan habíase apresurado el domingo a acudir al hotelito de la danzarina, donde la esperaba con ansia febril.



Bailó "Gardenia" con la habilidad que la caracterizaba, y no apartó su mirada un momento de Juan...

¿Qué importaba a "Gardenia" que el espíritu de Juan estuviese ausente? Ella llegaría al término de su misión: el collar de esmeraldas.

Y puso manos a la obra.

—¡Qué contrariedad! Luisa y Eugenio acaban de avisarme que no pueden venir. Telefonaré a mi

hermano Cecilio. Su compañía será grata a usted, porque tiene un carácter delicioso.

—Como usted quiera, señorita.

No se atrevió Juan a marcharse, por no demostrar bruscamente a la danzarina que no le interesaba su conversación, y resignóse a jugar a los naipes con ella.

En tanto, el Príncipe, como no dando importancia a ello, decía a Luisa, disgustándola sobremedida:

—Tu amigo Juan debe andar trastornado por "Gardenia". Me consta que está pasando el día en su hotel. O puede que sea la nostalgia de la montaña.

Por su parte, Juan, extrañado de que el hermano de la danzarina no hubiese llegado aún a pesar del requerimiento de "Gardenia", dijo a ésta:

—Parece que su hermano tarda en llegar. ¿Si tampoco él irá a venir?

—¡Qué inocente! ¿Se había usted creído que tengo un hermano? Eso prueba la candidez y la pureza de su alma.

—¿Qué quiere usted decir?

—Eugenio y Luisa no vinieron... porque querían *estar solos*... como yo quería que estuvieses solo conmigo y que fueses sólo para mí... ¡porque te amo!

Fríamente, Juan, que se temía algo por el estilo, respondió:

—De veras siento que se haya usted tomado esa molestia... tan inútilmente. Debí decirle que he pedido a Luisa en matrimonio.

—Pero... ¿y mientras llega la boda, Juan?

El gigante sonrió, compadeciendo en su interior la pequeñez de aquella mujer aventurera.

Llegada la noche, Juan y "Gardenia" se despidieron para retirarse cada cual a su cuarto para des-

cansar, pues no se podía regresar de noche a la ciudad a causa del camino, y en la invitación estaba incluida la circunstancia de tener que pernoctar en la casa.

Juan, que no era tonto, se encerró bajo llave en su cuarto, y así pudo evitar que "Gardenia", con intenciones que favorecerían su plan..., penetrase en dicho cuarto.



—Eugenio y Luisa no vinieron... porque querían *estar solos*... como yo quería que estuvieses solo conmigo...

Huelga detenerse a hacer el menor comentario acerca de la cólera que se apoderó de "Gardenia" al comprender que Juan era insensible a sus encantos...

Y allá en la ciudad, Sofia repetía a Luisa, a

quien los celos atormentaban a pesar de resistirse ella a ello:

—Tú recordarás lo que te dije... A lo mejor se nos ha ido Juan tras el perfume de esa "Gardenia".

Al día siguiente, Juan se levantó con la aurora y marchóse del hotelito de la pícara danzarina, dejándole encima de la mesa en que estaba dispuesto el desayuno, el siguiente escrito:

Simpática, señorita "Gardenia": Considerando bien las cosas, estimo lo más prudente que yo vuelva a la ciudad. Estoy plenamente convencido de que usted aplaudirá mi decisión.

Gracias mil por la amena velada que su amabilidad me ha proporcionado.

Su más sincero amigo,

Juan Strangeway.

De haberle tenido a mano, a buen seguro que "Gardenia" hubiese abofeteado de rabia al que tan rotundamente la desdeñaba.

Aquel mismo día aparecía en primera página de una revista mensual el artículo que sigue:

TELA CORTADA

Registro de sucesos locales

Revista mensual digna de su nombre

"HAGASE LA LUZ"

...pero chispeante.

Seguimos con atención e interés el asunto triangular de una actriz de talento, un rico desocupado de moral muy dudosa... y un recién llegado de gigantesca talla. Motiva el disgusto el hombre atlético, pues no es posible que el ocioso elegante quiera resignarse a tener junto a él a tan formidable rival, ante la idea de verse privado del pacífico disfrute de su valioso tesoro.

Esa revista fué mandada por el Príncipe a "Gardenia" a su hotelito aquella mañana, pensando el noble que allí estaba aún Juan, y en una carta le decía a su cómplice lo que se expresa a continuación:

Apreciable "Gardenia": El artículo que le acompaño en el número de "Tela Cortada" que acaba de salir, dará a usted una clara idea de cómo están las cosas.

Apresúrese a limpiar de obstáculos mi camino.

Eugenio.

Y ante su fracaso absoluto, "Gardenia" se daba a todos los demonios, pero en medio de su desesperación brilló la antorcha de la ruindad, y la danzarina quemó en el acto el último cartucho que decidiría la batalla, enviando el alarmante suelto del periódico a Esteban Strangeway, no dudando que éste procuraría desviar a su hermano de la senda de Luisa.

Pero Juan, ya en la ciudad, y habiéndose entrevistado con Luisa, conseguía que ésta renunciase a todo para amarle únicamente a él.

—Yo no puedo volver a la montaña sin usted, Luisa. ¡Prométame que se casará conmigo!—le había dicho él con ternura de niño.

Y Luisa, convencida de que amaba a Juan por encima de todo, respondió sinceramente, abandonándose en sus brazos:

—Sí, Juan. Hice todo lo posible por no amar a usted, y fué inútil. ¡Le quiero con toda mi alma!

* * *

De vuelta Luisa y Juan, de su paseo, durante el cual surgió esplendente la mutua declaración amorosa, encontraron al Príncipe en casa de la artista,

y éste, resuelto a apartar definitivamente al montañés del lado de la mujer que él pretendía para halagar su vanidad, le habló de esta manera tan pronto quedó solo con ella:

—Luisa, deseo olvidar y que tú también olvides los propósitos con que llegué a ti... Hoy vengo a pedirte que seas mi mujer.

Luisa enmudeció unos instantes, y luego pronunció lenta y concienzudamente:

—Tú me ofreciste muchas cosas, Eugenio: alhajas, hoteles, vida espléndida... pero jamás me ofreciste tu nombre. Ahora llegas demasiado tarde. Una vez casi creí amarte; mas luego me convencí de que todo era ilusión. Hoy... me he prometido a Juan Strangeway, y me casaré con él. ¡Es el primer hombre a quien realmente he amado..., el único!

Cfnicamente el Príncipe respondió a Luisa:

—Yo estaba bajo la impresión de que tenía adquiridos ciertos derechos de prioridad.

—¡Calla, miserable! ¿Qué te di yo nunca a cambio de tus promesas?... ¡Mantén esos derechos, si te atreves!

—¡No te casarás con Juan Strangeway, te lo juro!

Tras de esa amenaza, el Príncipe abandonó la casa de Luisa, a quien la seguridad en el amor de Juan dió esperanzas para esperar encontrar en él la soñada felicidad.

El plan de "Gardenia" avisando a Esteban, dió inmediato resultado. Apenas en la ciudad, el enemigo de las mujeres ardía en deseos de ver a Luisa a todo trance, para arrancar a su hermano de sus garras, funestas según sus sospechas de siempre. Y de tropiezo en tropiezo, como el que a ciegas camina, sufriendo vayas errando a cada paso, Esteban llegó hasta ella, interrumpiendo, con gran sor-

presa por parte de la interesada y de los demás intérpretes, una escena de una nueva película.

Luisa se aisló con el hermano de su amado en su camarín, y allí, rudamente, aquél le dijo:

—He venido para comprar a usted, al precio que sea, la libertad de mi hermano.

—Por lo que usted más quiera, señor, le ruego que se reporte en sus palabras, y que me trate como merezco.

—Vea si, para hablar así, es razón suficiente este artículo en que Juan aparece envuelto en un hecho escandaloso entre usted y el príncipe de Seyre.

—Lamento que dé usted crédito a esta índole de noticias, pero ya que así es... vuelva usted a su hermano a la montaña... si él quiere ir. Pero no olvide que, si yo le hago la más leve insinuación en sentido contrario... ¡él no irá!

—Usted debe aconsejarle que se marche.

—¿Por qué no debo yo retenerlo aquí?

—Porque la persona, quienquiera que sea, que juegue con la felicidad de mi hermano... ¡tendrá que entenderse conmigo!

Luisa quedó anonadada, y Esteban, excitadísimo, salió disparado a la calle, seguido de Jennings, el fiel criado, y con éste se dirigió al hotel donde se hospedaba su hermano, presentándose inopinadamente ante él.

—¡Caramba! ¿Eres tú, Esteban? ¡Hola, Jennings! ¡Qué sorpresa tan grata!

—¿Te extraña verme aquí? ¡Me ha traído tu desdichado asunto con esa... Maurel.

—Pon medida en tus palabras, Esteban. ¡La señorita Maurel va a casarse conmigo!

—¿Crees, acaso, que es una mujer buena?

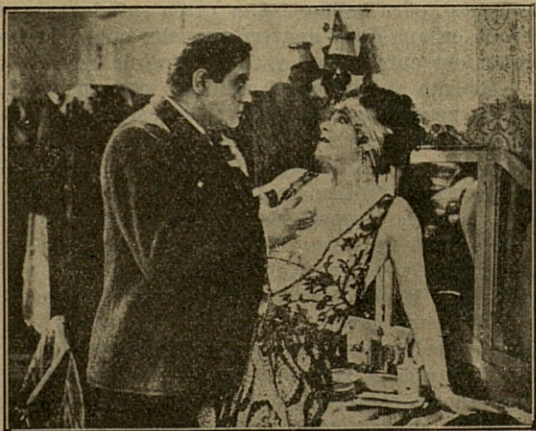
—No creo que es buena, hermano... ¡Lo sé!

—¡Antes de casarte con ella, Juan..., pregúntale lo que ha sido para Eugenio de Seyre!

—Si no fueras tú mi hermano...

No pudo terminar la frase, pues Sofía hacía irrupción en el cuarto de Juan, llena de vida, y apenas presentada, y como si conociera de tiempo a Esteban, invitó a gozar de los momentos en que uno puede hacerlo.

—Juan y yo estamos suspirando por un pequeño jazz... ¿Quiere usted hacernos el trío?



—Porque la persona, quienquiera que sea, que juegue con la felicidad de mi hermano... ¡tendrá que entenderse conmigo!

Para bromas estaba Esteban, sí; y lo demostró plantando a Juan y a Sofía, considerando a ésta como una muchacha peligrosísima.

—¡Qué carácter más extraño tiene su hermano, Juan! ¡Pues no me ha rechazado la mano!

—No le haga caso, Sofía.

—Me alegro que usted no sea como él. Mire usted: ya río otra vez.

—Usted, Sofía, es una compañera ideal... A su lado, no tiene penas la vida.

—Todos lo creen así; pero... ¡qué amarguras se ocultan a veces tras de este aparente regocijo!

Sofía pronunciaba estas palabras con tristeza, estrechando dulcemente entre las suyas una mano de Juan, que no comprendía su significado. Tan era así que, el gigante, sin intentarlo siquiera, mató en flor las ilusiones que forjaba la linda cabeza de la niña, con esta réplica:

—Yo mantendré su gozo con una buena noticia, Sofía... Luisa y yo vamos a casarnos.

El corazón de Sofía estalló de pena, pero la traviesa chiquilla pudo ocultar su dolor a Juan, y, sobreponiéndose a él, gritó de nuevo, como si estuviera más contenta que nunca:

—Eso hay que celebrarlo, Juan. Déme tiempo para empolvar mis narices... ¡y en seguida nos iremos de juerga!

El intenso dolor de amar sin ser amada atarazaba el cuello de la pobre Sofía; mas... ¿no sabía ella reír, aunque le estuviese sangrando el corazón?

—¡Por la felicidad de esa próxima unión!—brindó la inquieta muchacha, sin que Juan nada sospechara. Después cogióle del brazo y lo empujó hacia la calle—: Vámonos. Pasaremos alegres la noche, como dos buenos camaradas que se despidieran para un viaje muy largo.

Y juntos fueron a un *restaurant*, instalándose en un reservado, donde Sofía, enamorada rendidamente de Juan, le murmuró:

—Olvide a Luisa por esta noche, Juan... y déme siquiera una vez la impresión de que vive para mí. ¡Que sueñe mi alma!

—¡Qué dulce es usted, Sofía! Créame que si no amase a Luisa, llegaría a amarla a usted.

—¿De veras, Juan?

El príncipe de Seyre acababa de llegar al *restaurant*, y a propósito de él dijeron unos clientes que se hallaban sentados en torno a una mesa inmediata al reservado que ocupaban Juan y Sofía:

—Hace unos días que el príncipe de Seyre va solo a todas partes. Se conoce que Luisa Maurel le ha puesto el desahucio.

—O tal vez él se ha cansado de soltar dinero. La Maurel es un lujo demasiado costoso—respondió otro.

Juan hizo ademán de levantarse para ir a pedir una explicación al que de tal modo hablaba de Luisa, pero Sofía pudo contenerle.

Pero cuando Juan vió al Príncipe, no pudo menos de decirle, frente a frente, escudriñando en su mirada:

—Felicíteme, De Seyre... Luisa me ha prometido ser mi mujer.

El Príncipe brindó con Juan, y después de apurar la copa de champaña que él le tendió, dijo con naturalidad desconcertante:

—He brindado con usted... pero no debe usted vanagloriarse de su matrimonio con Luisa... pues hace menos de un mes que ella accedió a ser mía... sin boda.

Los celos de Juan le impulsaron a perder la serenidad, y de no intervenir nadie en el cuerpo a cuerpo que sobrevino al insulto, el Príncipe no hubiera podido recordar nunca la fuerza del hombre de la montaña... a no ser desde el otro mundo.

Pero varios clientes del *restaurant* privaron los movimientos de Juan, dando tiempo al Príncipe de escabullirse.

Sin embargo, desasiéndose, ciego de cólera de los

brazos que lo sujetaban, Juan corrió a pedir cuenta a Luisa de haber jugado con su corazón.

* * *

Luisa se hallaba en su casa, ajena a lo que había ocurrido en el *restaurant*, ni sospechándolo siquiera.

Juan se presentó ante ella desencajado y sin desistir de la actitud agresiva a que la duda le llevó, y apenas la vió dijo:

—¡De Seyre afirma que usted ha consentido en entregarse a él!

Luisa analizó rápidamente la situación en que se encontraba, y respondió sin inmutarse, fiando en el amor de Juan:

—¿Y qué otra... cosa dice?

—¡Que usted es suya, que le pertenece!

—¿Usted cree eso?

—¿Usted lo niega?

—Usted dice que me ama... ¡Y cree eso!

—Necesito que hable usted claro. ¿Es cierto... o ese hombre miente como un miserable?

—Nada debo contestarle ya, Juan.

—Entonces... ¿es cierto? ¡Oh, maldito yo!

Y como loco, Juan huyó hacia el hotel, para encerrarse en su cuarto y desahogar en silencio su inmensa pena, para, después, resolver lo que debía hacer.

Al llegar a su habitación, encontró a Sofía, que dormitaba en un sofá y que despertó al oírle.

—¡Por el cielo, Sofía! ¿Qué hace usted aquí a esta hora?

—Pensé que podría usted necesitar-me, Juan—musitó ella.

Arrodillóse la muchacha ante el gigante, que se había dejado caer en un sillón, y Juan, muerto de

amargura ocultó su rostro en sus manos para llorar como un niño.

—Era verdad, Sofía. ¡Era verdad lo que dijo Eugenio! ¡Ella no se ha atrevido a negarlo!... ¿Por qué no lo indagué antes? ¿Por qué desoí los consejos de mi hermano?

Y Sofía, que amaba a Juan y no podía ser amada por él, juntó sus lágrimas a las suyas...

Mientras, Luisa, en un arranque de desprecio a todo, fijo su interés en vivir espléndidamente para dominar siempre, telefoneó al Príncipe que decidía casarse con él, y el noble se felicitó de haber ganado la partida.

El desengaño devolvió a Juan a la montaña, donde Esteban le recibió con los brazos llenos de consuelo.

Y algún tiempo más darde, los periódicos publicaron el anuncio de la próxima boda de Luisa con el Príncipe, de la cual enteróse Juan con acerbo dolor.

El día de la ceremonia, todas las amigas de la novia comentaban la magnífica boda, todas la envidiaban y, sin embargo, no había alegría en su corazón.

Un momento que estuvieron solas Sofía y Luisa, ésta lloró abrazada a su amiga y le pidió consejo en el apurado trance en que se encontraba.

—¡Con qué inquietante problema, querida Sofía, luchan mi cerebro y mi corazón! ¿Qué harías tú si Juan te amase y tú le amases a él?

—Si Juan... me amase... ¡yo iría por él hasta el fin del mundo, sin temor a nada, arrollándolo todo!

Y las dos amigas vertieron las más amargas lágrimas de mujer.

Más tarde, sola Sofía en una habitación, dedicaba su pensamiento a Juan, y musitaba dolorosamente;

—¡Oh, si Juan me amase!... ¡Bah, qué locura!

E intentó secar con polvos sus lágrimas... pero otras lágrimas barrían el colorete...

Simultáneamente, Juan pensaba que aquella era la hora de la boda de Luisa... con el otro... y sufría horrorosamente.

Desde que volviera de la ciudad a la montaña, Juan bebía todas las noches con su hermano... ¡y



Y Sofía, que amaba a Juan y no podía ser amada por él, juntó sus lágrimas a las suyas...

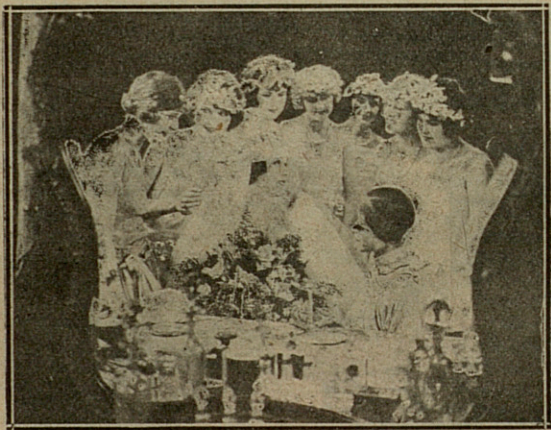
qué fe ponía entonces en el brindis execrador de las mujeres!

Mas aquella noche el brindis no pudo ser terminado, impidiéndolo la aparición de una mujer envuelta en unas gasas blancas, como las de una novia.

Descubrióse la misteriosa aparecida... y Juan y

su hermano y Jennings vieron con espasmo a Luisa anegados sus ojos en lágrimas.

—Esta vez... no se ha roto mi coche, Juan... Ahora es más sensible el destroz... ¡Viene roto mi pobre corazón!—dijo la cuitada implorando la piedad de su amado, que quería huir de ella y a quien, sin embargo, una fuerza oculta le ordenaba que le tendiese sus brazos.



El día de la ceremonia, todas las amigas de la novia comentaban la magnífica boda, todas la envidiaban y, sin embargo, no había alegría en su corazón.

Esteban, más ceñudo que nunca, estaba dispuesto a echar a Luisa, pero también sentíase atado de pies.

—Aquella noche en que usted me dejó—prosiguió, Luisa humildemente—... quería decirle toda la ver-

dad. Pero sus dudas me lastimaron... y callé. ¡Fué el orgullo maldito! Yo había prometido a Eugenio lo que él dijo, es cierto... y el día que el destino me preparó un accidente en estas montañas, iba hacia él. Pero no fuí, Juan, usted lo sabe; y no fuí, porque...

—¿Por qué, Luisa?

—Porque encontré a usted ese día. Acaso estaba escrito en el cielo. ¡Mi Juan!

Y como Juan vacilase:

—¡Juan! ¿Me niegas tus brazos?

—¡No, Luisa! ¡Yo te amo, te he amado siempre! Y se fundieron en un abrazo.

Esteban, con aire indignado, miró a Jennings, que también fruncía el ceño, y dijo, levantando su copa en alto:

—Mi brindis no puede faltar. Que Dios confunda a todas las mujeres...

Jennings aprobaba...

Pero Esteban, trocando su severidad en sonrisa, pues acababa de convencerse del gran amor que se profesaban Luisa y Juan, que cuando habla el corazón los labios no engañan, añadió:

—...a todas las mujeres... ¡menos a la mujer de Juan!

Y Jennings, que también lo estaba deseando, sonrió a su vez contemplando a la feliz pareja, la cual se olvidaba de todo para ocuparse de sí misma.

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN
REVISADO POR LA CENSURA GUBERNATIVA

Pida usted **LA NOVELA ÍNTIMA CINEMATOGRAFICA**
BIOGRAFÍA DE «ESTRELLAS» DEL CINE
Números publicados.—1, Alice Terry; 2, Rodolfo Valentino; 3, Lillian Gish; 4, Antonio Moreno; 5, Gloria Swanson; 6, Tom Mix; 7, Viola Dana; 8, Milton Sills; Próximo número, jueves, Raquel Meller.

**PRÓXIMO
NÚMERO**

La grandiosa narración, basada
en una obra maestra de la
literatura francesa

MI TIO BENJAMÍN

PROTAGONISTA:

LÉON MATHOT

Exclusiva de PROCINE, S. A.

Postal regalo:

BETTY COMPSON

32 Páginas 10 Fotografías

PRECIO 30 CTS.

LA NOVELA FILM
se pone a la venta
en toda España to-
dos los martes.

Colecciones completas y nú-
meros sueltos atrasados a
precios corrientes, de venta,
en LA SOCIEDAD GENERAL
ESPAÑOLA de LIBRERIA, S. A.
Barbará, 16-BARCELONA,
en sus Agencias de Provin-
cias y en todos los Kioscos
de España

